

## CAPÍTULO XVII

NUEVAMENTE EN CAMINO—POR LA TIERRA CALIENTE—GITANOS—  
COESILLOS EXCAVADOS—TERRACOTAS NOTABLES—LA LAGUNA DE  
SANTA MAGDALENA—LA CIENCIA DEL CURA—LAS CULEBRAS DE  
AGUA—LAS COVACHAS DE LA ISLA.

AL punto como me recobré de un fuerte ataque de  
malaria lo bastante para poder caminar, partí de  
nuevo. La gente de la costa es perezosa é ignora gene-  
ralmente el manejo de mulas; pero con ayuda de las au-  
toridades contraté los mejores



Terracota de Iztlán, Tepic,  
pintada de blanco y ama-  
rillo. Altura, 17.5 cm.

toridades contraté los mejores  
arrieros que pudieron hallarse,  
con quienes sufrí, como de cos-  
tumbre, pérdidas y retardos de  
bido á su incuria en dejar que  
se les matara el lomo á los ani-  
males.

Entre dichos hombres estaba  
Ángel, indio civilizado, pero legí-  
timo, cuya familia había vivido  
originariamente cerca de Zacate-  
cas, pero establecida en Tequila,  
de donde él había venido á Tepic  
con una partida de operarios que  
lo dejaron abandonado á su suer-  
te. Sólo hablaba español, pero  
la primera impresión que me pro-  
dujo fue favorable, y desde entonces continuó á mi servicio  
durante un año, mostrándose siempre inteligente, honrado  
y excepcionalmente útil como criado.



Á fines de marzo caminábamos por los llanos de Compostela, al sur de Tepic, y luego seguimos al oriente, pasando por San Pedro Lagunillas, donde se habían encontrado muchas antigüedades. La gente me recibió muy hospitalariamente, y de allí gané el camino real que comunica á Tepic con Guadalajara.

Un día, al acercarme á un miserable villorrio del camino, me sorprendió de repente la alegre charla y extraña apariencia de un grupo de gente de largos cabellos sueltos que estaban bañando unos grandes caballos en un hondable del río. Eran gitanos de una partida que había acampado en el pueblo. Al punto como me divisaron las mujeres, se acercaron á pedirme limosna y á ofrecernos que nos dirían la buena ventura.

Entiendo que estos quirománticos hacen buen negocio por ahí. Sólo piden un real por examinar la mano, pero de ello se valen para exitar la curiosidad é inducir á los crédulos á gastar otro real en gratificación. El principal oficio de los hombres es el de caldereros, con que se ingenian para cargar precios exorbitantes. También comercian considerablemente en caballos; pero nunca roban. Los mestizos, por su parte, no desperdician oportunidad de llevarse los caballos de los gitanos, especialmente de noche, aunque las autoridades protegen lo más que pueden á dichos extranjeros. En Ahuacatlán (en náhuatl: "donde hay aguacates") vi unos muchachos traviesos arrojándoles pedradas, pero prontamente los reprimió la policía.

Los gitanos se la pasaban muy bien, á lo que se veía, y llevaban bastante dinero. Parece que su comida favorita era la carne de puerco. Disputaban mucho y era tal la



Figura de barro, negra y pulida, de Iztlán, Tepic. Altura, 15 cm.

algarabía al rededor de su fuego que no me dejaron dormir gran parte de la noche. Muchos eran bosnios y no faltaban unos cuantos turcos y griegos que llevaban osos y monos; pero como los más son originarios de Hungría, húngaros los llaman por todo México. Varios hablaban bien inglés y francés, y uno de ellos me dijo que su padre, que iba en la banda, conocía mi país.

Al amanecer partieron los gitanos primero que nosotros, pero pronto alcanzamos á algunos á quienes encontramos



Terracota en camisa, de Iztlán, Tepic. Altura, 18.5 cm.

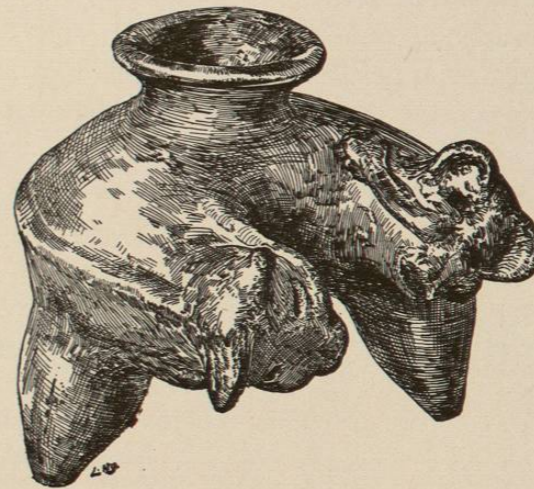
acostados con sus osos, adormecidos por el calor del día. Por un par de horas me desvié de mi propio camino, para ir en compañía de una familia de aquellos vagabundos á quienes mucho complació que les dijera su nombre gentilicio. Contáronme que había ciento setenta de su raza recorriendo la República en grupos dispersos. Todos habían desembarcado juntos en Veracruz y atravesado el país hasta Mazatlán. Por entonces se dirigían á Acapulco y pensaban regresar á

Europa el año siguiente. Me aseguraron que hay actualmente gitanos viajando en todas las Américas, y noté, en efecto, que algunas de las mujeres llevaban en las trenzas monedas de plata de Chile y otras repúblicas latinoamericanas.

Habiendo pasado el adormecido volcán del Ceboruco (en náhuatl: "muchas piedras;" altura, 5,004 pies), llegamos á la triste ciudad de Ahuacatlán (elevación, 3,350 pies), donde me fue difícil encontrar alojamiento para pasar la

noche. Casi sentí envidia de los gitanos que acababan de acampar en la plaza, cerca del río. Aquella tarde, una de sus mujeres había llevado á su hijo á la iglesia para que lo bautizaran, y el suceso provocaba grande hilaridad entre sus compatriotas que se desahogaban gritando: "¡Viva el padre!" "¡Viva la iglesia!" "¡Vivan las campanas!"

noche. Casi sentí envidia de los gitanos que acababan de acampar en la plaza, cerca del río. Aquella tarde, una de sus mujeres había llevado á su hijo á la iglesia para que lo bautizaran, y el suceso provocaba grande hilaridad entre sus compatriotas que se desahogaban gritando: "¡Viva el padre!" "¡Viva la iglesia!" "¡Vivan las campanas!"



Vasija de barro en forma de trípode, con dos cabezas de animal. De Mespán, cerca de Iztlán, Tepic. Altura, 14.8 cm.

Á una gitana la oí saludar á un mexicano con esta exclamación: "¡Viva Dios! ¿en donde está el aguardiente, amigo?"

Me hablaron en Ahuacatlán de un antiguo túnel recientemente descubierto en la vecindad, é incluyo aquí lo que supe á ese respecto, por lo que pueda valer. Parece que corre en sentido horizontal, aunque la boca descende casi perpendicularmente en el suelo. Se decía que los propietarios de una hacienda cercana habían tenido veinte hombres trabajando día y noche durante tres semanas para sacar la tierra que lo llenaba. Había en el túnel muchas ramificaciones, y los trabajadores avanzaron como cien varas sin encontrar otra cosa que algunas figuras de barro.

El polvo del camino era espantoso y capaz de sofocar á uno, por lo que mucho me alegré de llegar á la ciudad de Iztlán de Buenos Aires. Iztlán significa en náhuatl "donde hay obsidiana (*itzli*).” Las cercanías son de grande interés arqueológico, pues el fondo del valle, como de veinticinco millas de extensión y relativamente plano, abunda en coesillos. Hay, por lo menos, un millar de ellos, según calcula el señor cura de Iztlán que despliega activo interés en arqueología. Durante los diez años que ha tenido á su cargo esa parroquia, ha hecho excavaciones casi todos los años y sacado gran número de figuras de terracota peculiares de aquel distrito. La fama de sus hallazgos se ha extendido bastante, y muchos viajeros que cruzan el trayecto entre Tepic y Guadalajara, á menudo se detienen para tratar de que les venda algunas de sus reliquias; y el sacerdote es tan desprendido que casi todas las había dado, excepto una que me regaló entonces.

Llevóme á un gran montículo que había estado excavando con doce hombres durante cuatro meses, en el que había abierto una sección de sur á norte y otras menores que partían del este. Aunque la mayor parte quedaba intacta, eran suficientes las excavaciones para formarse idea de lo que contenía. Había dentro una habitación circular, de un diámetro de setenta y siete pies y medio, que principalmente consistía de una doble pared de piedra y barro. Las piedras eran planas y mostraban indicios de corte. Escaleras de piedra conducían al remate del muro en el norte y el sur, y otros dos tramos bajaban de los descansos al centro del montículo. Las escaleras interiores eran del mismo material que la exterior, y tenían pasamanos de piedra en los lados. Al rededor del fondo á donde convergían, había cinco, y aun es posible que seis criptas, construídas de piedra y tierra, de tres yardas de longitud cada una. Debajo del empalme de las escaleras y, á lo que parece, de toda la parte central

del edificio, se encontró una capa, como de un metro de profundidad, de grandes piedras redondas. El espacio entre las escaleras interiores había sido llenado con piedras y tierra hasta una altura como de cuatro yardas, y todo cubierto por encima con lajas, en torno y arriba de las cuales habíase acumulado tierra y piedras en capa de unas dos yardas de espesor, que acababan de redondear el montículo.

Éste es el único donde no había más que paredes y escaleras, lo que puede hacer suponer que lo hubiesen construído con objeto religioso; de todos los demás había desenterrado el sacerdote esqueletos con sus accesorios, pero sin volver á encontrar ningunos muros. De los muchos montículos que de allí se divisaban, uno próximo era cuadrado, pero todos los demás redondos.

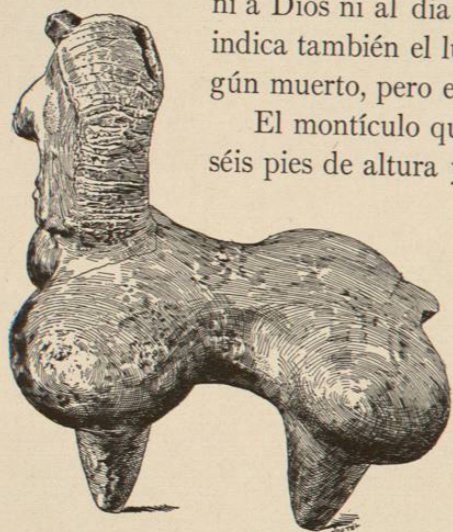
Visitamos algunos petroglifos á dos leguas al sur de Iztlán. Debe ser casual seguramente, pero había esculpida en la roca una cara marcadamente egipcia. Había también dos pequeños ciervos, cada uno con una punta de flecha arriba, y una gran serpiente enroscada. Hacía mucho calor para pensar en excursiones, pero la localidad era interesante y mi congenial compañero siempre disponía de una canasta muy bien surtida de provisiones, presta á resarcirnos de nuestras fatigas.

Hablóme igualmente el señor Cura de algunos elevados montículos que había en las inmediaciones de Mespán (en náhuatl *Metzpan*, que significa "lugar de la luna [*metzli*]"), y aun me acompañó al sitio, llevando peones para cavar, empresa que me hubiera sido muy difícil. Subimos á una mesa literalmente cubierta de coesillos, los más de ellos redondos. El primero á que llegamos parecía prometer mucho, por lo que al punto emprendimos la excavación. Los hombres se entregaron afanosamente á su tarea, seguros de que íbamos á encontrar un tesoro, mientras el sacerdote y yo veíamos cómo iba progresando la

obra, sentados bajo un huisache sobre cuyas ramas había tendido uno de los trabajadores su frazada para que tuviéramos sombra. Hallándonos en tal ocupación, llegó un viejo buscador de tesoros á ofrecernos sus servicios, y nos dijo que junto á su casa había visto una llama blanca, prueba indudable de que había dinero enterrado. Como todos los mestizos, era muy ávido de buscar tesoros ocultos que, según expresión corriente entre ellos, no aprovechan

ni á Dios ni al diablo. Parece que la llama indica también el lugar en donde se halla algún muerto, pero en tal caso debe ser verde.

El montículo que excavamos tenía dieciséis pies de altura y cuarenta y ocho de diámetro.



Vasija de barro, de forma rara. De Mespán, cerca de Iztlán, Tepic. Altura, 18 cm.

Desde su cúspide se divisaban otros veinticuatro *mounds* al oeste y al norte. Muy al principio de la excavación encontramos junto á la cima, del lado del este, como una pulgada bajo la superficie, varias hermosas puntas de lanza, de obsidiana; pero á

pesar de que excavamos todo el montículo, no hallamos osamentas ni objeto alguno. Sólo encerraba cuatro piezas de igual tamaño, agrupadas juntas en cuadro, de paredes de piedra y lodo de ocho pies de altura por cuatro de espesor. Dichos cuartos estaban llenos de piedras grandes sobre una capa como de nueve pulgadas de tierra floja. Debajo había otra capa de cinco pulgadas de carbón pulverizado y ceniza, y luego otro yacimiento de tierra, poco menos que de medio metro.

El inteligente párroco de Santa Magdalena me dijo

después que en un arroyo que estaba detrás de Mespán, había visto en el banco del río paredes de piedra como á cinco varas abajo de la superficie. También se habían encontrado en la localidad dientes y un pedazo de madera fósiles. Cerca de Tambura, un poco al sur de Iztlán, había encontrado jeroglíficos de origen nahua.

Ciertamente son grandes las oportunidades para practicar investigaciones arqueológicas en los alrededores de Iztlán. Aun antes de mi llegada al lugar, me habían hablado de los curiosos *monos* que poseía el boticario de la ciudad. Habían sido descubiertos en un pequeño rancho situado en medio de los cerros á una altura un poco mayor que Iztlán y como á tres millas al sur de la ciudad. El farmacéutico había observado en un terreno algunas pequeñas piedras dispuestas con regularidad, y pensando que podía haber un tesoro, se puso á cavar una noche ayudado por dos hombres. Al amanecer dieron con un subterráneo dividido en dos secciones, y en la bóveda notaron veintisiete figuras juntamente con muchas hermosas vasijas. Según me refirió mi informante, las figuras más grandes estaban todas en un cuarto, y las más pequeñas en otro. Ambas piezas estaban en parte inundadas de agua, afirmación bastante extraña por hallarse la bóveda en terreno relativamente alto.

Por desgracia, los descubridores ignoraban el valor científico de sus hallazgos que enviaron en burros á la ciudad, donde están hoy distribuidos como curiosidades entre muchas personas. Los más grandes fueron deliberadamente rotos, porque los compradores esperaban encontrarlos llenos de oro. Las figuras eran del mayor interés, y tanto entonces, como en 1898, logré rescatar para la ciencia lo que quedaba de tan importantes antigüedades. Reuní igualmente otras muchas terracotas de las cercanías de Iztlán.

Las más valiosas son las de la pieza subterránea men-

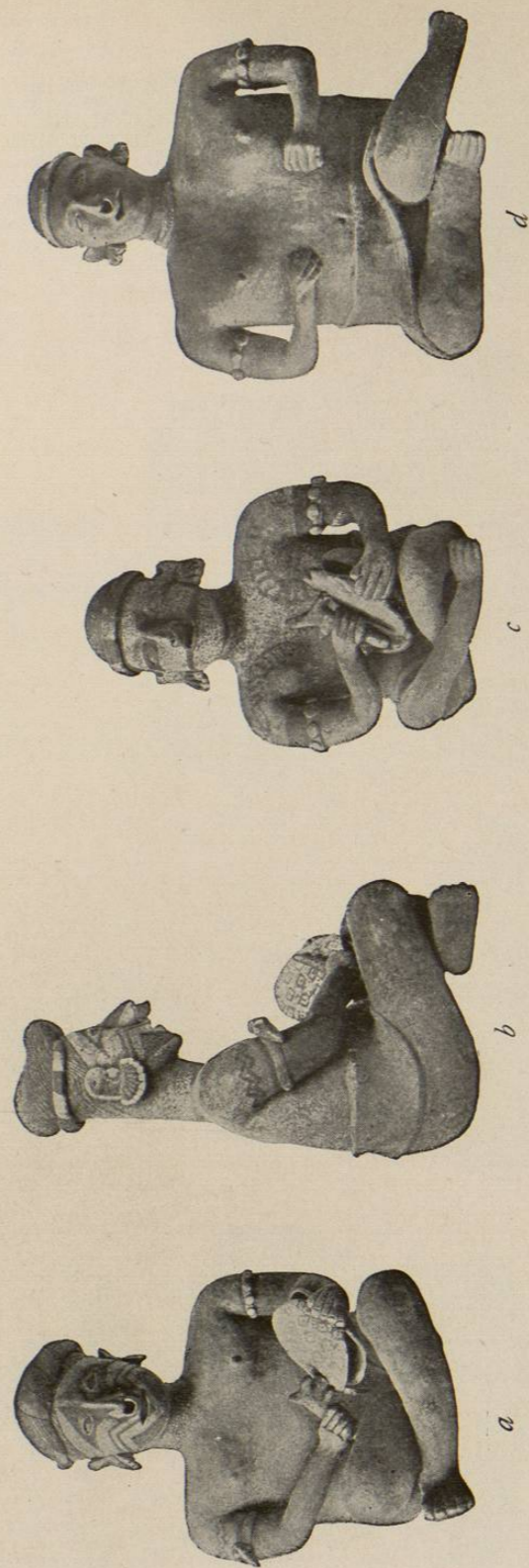
cionada que yo visité. Se había llenado la abertura practicada abajo de ella, pero parecía haber sido de cinco ó seis varas. Dijéronme que el lugar se llamaba Rancho del Veladero. Reuní por todo diecinueve piezas de dicha localidad, tres de las cuales eran diminutas figurillas, toscamente fabricadas, de tres á cuatro pulgadas de altura. Del pueblo próximo de Jomulco, obtuve diez, y tres terracotas de Jala, asimismo cerca de Iztlán.



Terracota típica de Amatitán, cerca de Tequila, Jalisco. Pintada de rojo, excepto la cara. Altura, 30.8 cm.

Las terracotas de Iztlán y sus inmediaciones, reproducidas en las planchas I á V, son superiores á las encontradas en los estados de Jalisco y Colima y en el territorio de Tepic. Las últimas tienen de característico cabezas chatas, combadas de arriba y abajo; son generalmente de color rojo, amarillo ó blanquizco, y todas pulidas. Puede verse una muestra de esta clase de cerámica en la ilustración de esta página.

En las figuras de Iztlán, se nota, sin duda, cierta semejanza con la clase común de antiguas piezas de alfarería de esa parte de México; por ejemplo, los dedos de las manos y de los pies son, con pocas excepciones, de igual longitud. Pero los ejemplares del Rancho del Veladero, que constituyen el mejor tipo de la localidad, son extraordinariamente bien moldeados para ser de América, aunque en calidad y concepción no guardan comparación con los producidos por los antiguos zapotecas y algunas tribus nahuas. No obstante que el aspecto de las figuras es algo



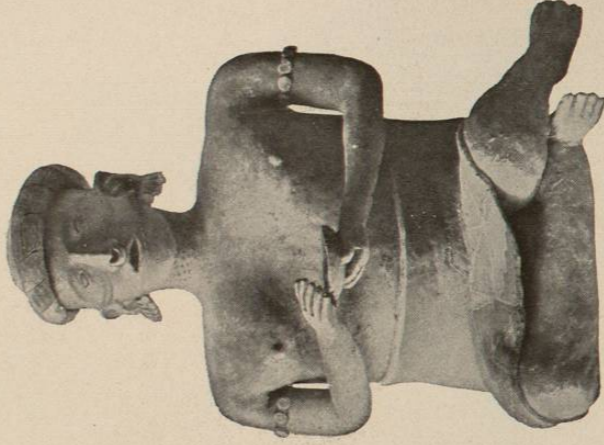
Terracotas de los alrededores de Iztlán.



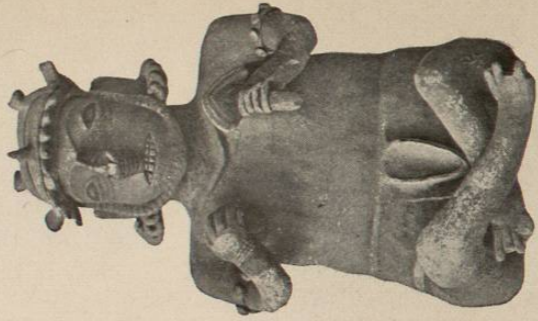
*a*



*b*



*c*



*a*

Terracotas de los alrededores de Iztlán.